

—¿Y qué más?

—Que si podría yo quererle tanto como él me quería á mí...

—Y á eso, ¿qué le contestaste tú?

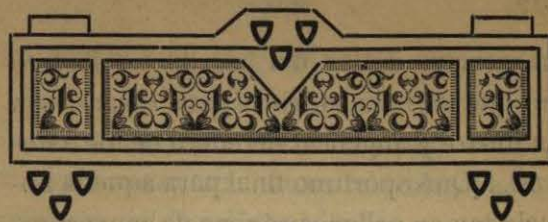
—Pues ¿qué había de contestarle?... La verdad... Que mucho más todavía...

—No tuve valor para envenenar tanta ingenuidad, tanta pureza, tanta inocencia, y desistí de mi intento confiando en que el tiempo y la ausencia se encargarian de borrar esta impresión tan candorosa... Pero no la han borrado, Paco; no la han borrado; y llevamos ya de esto cerca de dos años y medio!... Ella no le nombra jamás, ni pregunta por él nunca; pero diríase que adivina cuanto le sucede á ese hombre...

Conmovido ante el enfrenado dolor de la pobre madre, díjele sinceramente:

—No hay que desconfiar, tía... En más ó menos tiempo todo pasa y se borra en el corazón de las muchachas...

—No pasa, hijo; ¡no pasa después de tanto tiempo!... Porque cuando el amor vive sin savia que lo vivifique, ni esperanzas que lo mantengan, ¡es inmortal como el alma y corrosivo y sin cura como un cáncer en el pecho!...



## XVII

**I**MPRESIONÓME tan hondamente el sencillo relato de la de Astures, que por primera vez en mi vida sentí un movimiento de indignación contra Boy.

No se puede impunemente jugar con un corazón candoroso y sencillo, y esta peligrosa veleidad, tan común en los jóvenes, que yo llamaba *ligereza* y mi tía calificaba de *crimen*, teniendo mucho de ambas cosas, indignóme seriamente al ver víctima de ella á mi inocente primita.

Mas era tal la fuerza de mi cariño hacia mi atolondrado amigo, que sin dejar de compadecer á Beatriz ni de indignarme contra Boy, pensé lo primero en utilizar en favor de éste los mismos frutos que su mal comportamiento había producido.

¡Qué desenlace tan impensado y feliz si

al sacar yo á Boy del horrible atolladero en que se hallaba, conseguía casarle con la ilustre y angelical heredera de los Astures!... ¡Qué oportuno final para aquella novela tan en peligro próximo de convertirse en tragedia! ¡Qué dicha entonces para todos nosotros, Boy, Beatriz, los Astures y yo mismo!...

Tan alegre regocijo me inspiró esta idea, que á duras penas contuve una sonrisa de triunfo que hubiera escandalizado en aquel momento á mi tía, tan práctica como yo soñador, tan concedora del mundo como yo iluso y amigo de confundir y trocar las perspectivas de la imaginación en realidades de la vida...

Al salir de los arenosos callejones que atravesábamos penosamente, nos encontramos de improviso ante el *Majuelo de Yecla*. No grité: «¡Italiam! ¡Italiam!», como el fiel Achates de la *Eneida*, ni dije tampoco, como Tasso:

«¡Ecco apparir Gerusalem si vedel!»,

sino que fijé una mirada medrosa y llena de recelo en el inmenso caserío, como si aquellos muros que albergaban á Rita

Bollullo fueran la guarida de una fiera.

El paisaje, sin embargo, no podía ser más risueño y pacífico. Extendíase al frente el alto cerro que llaman del Obispo, todo cubierto de frondosos viñedos y enarbolando en su cima, como una bandera, un enorme y antiguo ciprés que se divisa desde la costa.

Á la mitad del cerro veíanse las bien conservadas ruinas de la torre moruna de Garci-Bravo, el héroe tronco y fundador de la ilustre casa de Yecla, á quien donó Alfonso XI toda aquella rica comarca después de la batalla del Salado.

Cuenta la tradición que, retirado allí Garci-Bravo en sus últimos años, fué un día á visitarlo el Rey de Castilla; dijéronle que estaba el viejo infanzón podando en el viñedo. Fuése allá solo el Rey; acercósele en silencio, y cual si fuera un mozo de labranza, púsose á recoger los sarmientos que el noble anciano iba podando. Apercibióle al fin éste, y gritóle asombrado y confundido:

—¿Qué hacéis, señor?...

—Á tal podador, tal sarmentador—contestóle el Rey.

Yo he visto todavía en el palacio de Ye-

cla en Madrid, cuidadosamente conservados en una *vitrine*, un manojito de estos históricos sarmientos, podados por un héroe y recogidos por un monarca. Encima leíase escrito con letras góticas el dicho de Alfonso XI:

«Á tal podador, tal sarmentador.»

En la falda misma del cerro levantábase el moderno caserío, alegre y risueño, cuidadosamente blanqueado, y pintadas rejas y ventanas de un llamativo color verde: rodeábanle, como á una gallina sus polluelos, infinidad de casitas, blanqueadas también, donde estaban las múltiples dependencias, y que, por lo apiñadas y numerosas, tenían las apariencias de un pueblo.

Un cuarto de hora tardamos aún en llegar á la casa por una larga y empinada calle de hermosos árboles frutales. Á la mitad de la cuesta nos cruzamos con dos niños muy bien portados, de siete y nueve años, que acompañaba un sacerdote.

Díjome mi tía que aquellos eran los hermanos de Boy, hijos de Rita Bollullo: saludáronnos al pasar con mucha corrección

y gracia, quitándose sus gorritas, y siguieron adelante. Llevaban sus libros debajo del brazo, é hiciéronnos el efecto de que iban con su preceptor á dar sus lecciones paseando.

Rodó al fin el carruaje por el fino empedrado del extenso almiar, rodeado todo de flores y asientos de piedra, y se detuvo al fin ante la puerta de la casa. Acudieron al ruido dos criados sin librea, muy extrañados, al parecer, de que llegase una visita: sentimos al mismo tiempo entreabrirse una persiana del piso principal, como si tras ella nos examinasen, y un momento después oímos una voz imperiosa y agria que decía muy agitada, sin pensar, sin duda, que la oyesen:

—Anda corriendo, mujer... No los vayan á despachar... Di que los entren en el salón, que yo voy en seguida...

Con un imperceptible movimiento de los labios, dióme á entender mi tía que aquella era la voz de la de Yecla. Apareció á poco en el zaguán una doncella muy bien dispuesta, con limpísimo delantal blanco, y sin duda hubo de comunicar á los criados la orden, porque mientras uno llegaba presuroso al estribo del coche, otro corría á

encajarse la librea, apareciendo de nuevo con ella puesta.

Sospechamos que nuestra visita ponía en conmoción á toda la casa, y así era en efecto, porque al cruzar nosotros el amplio zaguán, empedrado y lleno de rústicos trofeos de caza, vimos llegar presuroso á otro criado anciano, cuya vista arrancó de mis labios una alegre exclamación de sorpresa y de esperanza:

—¡Bonifacio!... ¿Tú aquí?...

Era este Bonifacio, Boni, como le llamábamos, el viejo ayuda de cámara del Duque, hombre de toda su confianza, que nos acompañaba á Boy y á mí al circo y al teatro por la tarde, cuando éramos niños.

Saludóme el buen viejo muy emocionado, con ese respetuoso afecto que guardan siempre los criados antiguos de grandes casas hacia los señores que conocieron pequeños. Correspondíle yo con cariñoso agrado, y como observase en él unas como ansias de decirme algo, empujéle dentro del salón de la planta baja á que él mismo nos conducía y cerré la puerta.

—¿Qué hay, Boni?... ¿Qué tienes que decirme?—le dije con mucho cariño.

Turbóse él grandemente al verse mano

á mano con señora tan alta como la Condesa de Astures; mas la afable sonrisa de ésta le tranquilizó por completo, y con lágrimas en los ojos me pidió noticias de Xavierito, es decir, como se corrigió él mismo, del Sr. Conde de Baza.

Había el pobre viejo bajado á la ciudad el día antes y enterádose allí de las alarmantes voces que sobre Boy corrían.

Creí que Dios comenzaba á tomar cartas en el asunto por intercesión de mi tía, y que era el buen viejo Boni el instrumento de que pensaba valerse. Apresuráme, pues, á tranquilizarle con seguridades que yo mismo no tenía, y concluí preguntándole si había llegado á oídos de los Yecla lo que de Boy se murmuraba.

—No lo creo—respondió con seguridad el viejo.—De la Sra. Duquesa no me atreveré á asegurarlo, porque tiene ella más dobleces que una manta vieja, y nadie puede saber lo que oculta ese pozo sin fondo; y aunque aquí no viene nadie, digamos así, del señorío, ella tiene su policía secreta allá en el pueblo, y viene gente ruin que le trae y le lleva, y la entera de todo lo que hay y también de lo que no hay... Pero lo que es el Sr. Duque estoy seguro de que

nada sabe, porque me lo hubiera á mí dicho ó se lo hubiera yo conocido en la angustia y la desazón que le entran en cuanto sabe algo del Sr. Conde.

—Y, sin embargo—añadió con gran calor y vehemencia,—es menester que lo sepa; que se entere de todo para que chille y proteste y haga algo y no deje abandonado á ese hijo de sus entrañas... Así es, que cuando vi desde arriba el coche del señor Marqués transponer aquella loma, me volví loco de contento y bajé corriendo, porque me pareció que Dios le traía de la mano para hacer esa obra de caridad tan grande...

—Pero ¿crees que podré yo ver al señor Duque?—dije subyugado por el persuasivo acento del viejo.

—¡Ahora mismo, si el Sr. Marqués quiere!—exclamó Boni dando un paso hacia una puerta que había en el fondo.—Allí está levantado ya y dispuesto, mirando estampas de la *Ilustración Inglesa*, como un niño pequeño... La Sra. Duquesa tiene prohibido que entre nadie sin su permiso, pero antes de que ella baje, podría verle el Sr. Marqués, seguro de que él le recibirá con mucho gusto.

—¿Y si baja la Duquesa?—preguntó mi tía llena de recelo.

—¡Ca!... ¡Lo menos en media hora no baja!... Cuando los señores llegaron, andaba ya ella trajinando por la casa, porque no hay rincón donde no meta las narices...; pero estaba sin peinar, sin teñirse el pelo, ni enjalbegarse la cara, ni pintarse las cejas; y en esta faena emplea más de dos horas diarias... Conque por mucho que la abrevie hoy, siempre resultará más de media hora larga...

Decidíme al fin á aprovechar esta ocasión que tan providencialmente se me presentaba, y la de Astures, moviendo lentamente la cabeza, no sé si en señal de protesta ó como muestra de recelo, me dijo entonces:

—Yo la esperaré aquí para habérmelas con ella...

Todavía detuve á Boni cerca de la puerta para hacerle una importante pregunta.

—Dime, Boni—le dije:—¿Es verdad que el Sr. Duque está chiflado y aborrece á su hijo?

—¡Qué ha de estar chiflado el Sr. Duque!—replicó con la mayor indignación el viejo.—¡Mentiras de la Sra. Duquesa!...

¡Ella es la que está chiflada de puro mala que es; y como tiene al pobre señor metido en un bolsillo, le hace cometer mil extravagancias, con achaque del reuma, para separarlo de todo el mundo!... ¡Ella es también la que aborrece al Sr. Conde y zurce mil enredos para que el Sr. Duque le tome rabia y le desherede y vaya la casa á sus hijos!... ¡Pobrecitos niños; ellos no tienen culpa ninguna!... Pero ¿aborrecer el Sr. Duque á su hijo, á su sangre, á su primogénito, más noble que un rey y más bueno que el pan que se come?... ¡Eso sólo se le ocurre á Rita Bollullo, y sólo ella lo dice!... Miré, Sr. Marqués: todas las noches de Dios rezo el rosario con el Sr. Duque, después que le doy las friegas, y siempre concluye: «¡Por mi pobre Xavierito, para que Dios le dé su santa bendición y le traiga á casa para recibir la mía!» ¡Y rezamos un Padre nuestro, y él se echa á llorar como un chiquillo, y á mí se me parte el corazón y hágo lo mismo!...»

Y acordándose de repente que estaba delante mi tía, y temiendo, sin duda, con esta violenta expansión haberle faltado al respeto, volvióse prontamente hacia ella y le dijo muy humilde:

—¡Perdone, Sra. Condesa; perdone Vuecencia!... ¡Pero hay cosas que exasperan!... ¡Yo digo que estas cosas no las hace Dios, sino el mismísimo diablo, mientras Su Divina Majestad duerme la siesta!



BIBLIOTECA PARTICULAR  
DE LA

*Srita. Felicitas Lozoya*

PROFESORA DE CANTÓ.



### XVIII

**A**L entrar en la habitación del Duque de Yecla quedéme estupefacto en el umbral, y ocurrióseme al punto que el bueno de Bonifacio, cegado sin duda por el amor á su amo, había sido harto indulgente al juzgar la chifladura del anciano padre de Boy. Tan extraño era el espectáculo que se presentaba á mi vista.

• Era la habitación amplia y cómoda, con varias ventanas cerradas todas herméticamente; cubrían las paredes unos fríscos muy medianos, representando diversas vistas del *Majuelo de Yecla*; el mueblaje, fuerte y sencillo, era el adecuado á una casa de campo. Pero lo que causó mi sorpresa y admiración y me llenó de doloroso pasmo, fué lo que se veía en el centro.

Pendiente de cuatro recias cadenas col-

gaba del techo la caja de un coche, privado de sus ruedas, y dentro, arrellanado en sus almohadones, cual si fuese paseando, veíase á un *gran señor*..., porque esta sola frase era la que ocurriría á todo el que hubiera visto á aquel personaje sin reconocer en él al Duque de Yecla.

¡Jamás he visto una presencia más imponente y majestuosa, más distinguida y elegante, que la que ofrecía aquel anciano, aun envuelto como estaba en un batín de franela y un *plaid* escocés, y cubierta la cabeza con un gran sombrero flexible de fieltro, cuya ala, inclinada aiosamente hacia delante, le sombreaba el rostro por completo!...

¡Así pasaba los días el Duque de Yecla para aislarse en absoluto de la humedad, que tanto dañaba á su reuma!... ¿Era esta extraña invención hija de sus aprensivas manías, ó era, como aseguraba Bonifacio, pérfido cálculo de Rita Bollullo, que fingiendo así aislarle de la humedad, le apartaba realmente por completo del mundo entero?...

Dios lo sabrá, sin duda; mas es lo cierto, que al encontrar al viejo Duque pendiente del techo, parecióme muy fundada la leyen-

da de que su mujer le tenía encerrado en una jaula, que oí por primera vez al tipejo de Madrid, mi compañero de viaje á Cádiz el día antes.

Al notar el Duque mi presencia en la estancia, abrió ágilmente la portezuela, y replegándose en un rincón del coche, invitóme, con amable ronrisa, á subir y sentarme en el otro lado, á su derecha. Hícelo así, sin poder disimular mi extrañeza, y él, como si fuera ésta la manera más natural y corriente de recibir una visita, cerró de nuevo la portezuela y me colmó allí dentro, con la mayor naturalidad, de cumplidos y agasajos.

Y como si fuese también la cosa más natural del mundo mi presencia en su casa y me hubiese visto el día antes, hízome al punto una extensa relación de todos sus achaques, con esa pesadez de los enfermos aprensivos, que no reconocen otro fin á la humanidad que el de compadecer sus dolencias.

Escuchábale yo pacientemente, repudiándome por dentro, y cuando pude al fin atajarle la palabra cortésmente, díjele que había venido al *Majuelo* acompañando á mi tía la de Astures, que tenía con la



Duquesa no sé qué asuntos de beneficencia.

—¡Aaah!—exclamó el Duque tan sorprendido como halagado.—¿Conque está ahí Isabelina?... ¡Cuánto me alegro y cuánto se va á alegrar Ritita!... Porque mi mujer tiene un entusiasmo loco por tu tía... Dice que Isabelina es su tipo, la imita en todo, y yo creo que efectivamente se parecen en algo... ¿Tú no encuentras...

Yo no encontraba nada, absolutamente nada; ni siquiera el parecido del huevo y la castaña, y me repugnaba asentar á semejante herejía; pero me acordé de aquel proverbio francés:

«Lorsqu'on veut quelque chose du Diable  
Il faut l'appeler Monseigneur»,

y por no disgustarle dije que sí con la cabeza.

Comenzó entonces él un caluroso panegírico de la de Astures, ó más bien un paralelo harto imparcial y discreto entre ésta y la Duquesa de Yecla, en que dejó traslucir bien á las claras sus vehementes deseos de que ambas damas intimasen y estrechasen relaciones.

Parecía, sin embargo, distraído y como si algo le inquietase por dentro, y así era en efecto. Quería, sin duda, prevenir alguna *metidura de pata* de su mujer; interrumpióse de pronto y tocó un timbre que tenía delante. Yo me eché á temblar no sabiendo en qué iba á parar esto y temeroso siempre de que el diablo tirase de la manta antes de tiempo. Apareció Bonifacio, y el Duque le preguntó:

—¿Ha bajado ya la Sra. Duquesa?...

—No, Sr. Duque; no ha bajado todavía.

—Pues dígale, dondequiera que esté..., ¿lo entiende?... dondequiera que esté, que la están esperando, y que yo tendré sumo gusto en que la Sra. Condesa de Astures y su sobrino almuercen hoy con nosotros...

Bonifacio se inclinó en silencio, y yo no dije una palabra, dejando á éste el cuidado de no apresurarse, y á mi tía el de sacudirse el convite, si no lo creía oportuno ó necesario. Aprovechando entonces la ocasión de meter baza que de nuevo se me ofrecía, preguntéle decididamente por su hijo Boy...

Mudóse repentinamente el rostro del anciano, y á la expresión complacida y satis-

fecha que antes tenía, sucedió otra de dolorosa angustia; cruzó las manos en alto, las dejó caer sobre las rodillas, y dijo únicamente:

—¡Ay, mi pobre Xavierito!... Tú le querías mucho..., mucho..., ¿verdad, hijo mío?...

Y con desolada pena, añadió muy bajito:

—Á mí no me quiere nada..., nada... ¡Rebelde!... ¡Siempre rebelde!...

Emocionadísimo yo al verle y al oírle, díjele entonces que aquello no era verdad; que estaba en un triste engaño; que dos días antes había yo visto á Boy, y su primera pregunta había sido para informarse de su padre; que estaba arrepentido de sus locuras, sumiso y ansiando sólo por verle y abrazarle...

Escuchábame él con la cabeza apoyada en el respaldo del coche, cerrados los ojos, de los que le corrían dos hilos de silenciosas lágrimas, que iban á perderse en su bien cuidada barba blanca.

Sin moverse ni mirarme, preguntó con amarga ansia:

—Y ¿por qué no viene entonces?... ¿Por qué no me escribe?...

—Más de veinte cartas le ha escrito á usted sin obtener respuesta...

Alzó vivamente la cabeza y me miró admirado, y como yo interpretase aquel movimiento, que era de sorpresa, como si fuera de duda, añadí con creciente energía:

—Bajo su palabra de honor me lo ha asegurado, y bajo la mía propia yo lo repito.

Dejó caer nuevamente la cabeza y cerró los ojos, sin que se interrumpiesen sus lágrimas. Al cabo de un momento me preguntó muy quedo, como si la vergüenza le apagase la voz y la angustia le oprimiera la garganta:

—Dime... ¿Es verdad que ha robado?...

Una oleada de sangre me subió á la cabeza, y con tal ímpetu y tal convicción grité: —¡Mentira! ¡Mentira!,—que á mi impulso comenzó á bambolearse el coche en el espacio.

—¡Mentira! — proseguí yo gritando. — ¡Boy es un caballero!... ¡Es su hijo de usted, y un Yecla no se mancha de ese modo!...

Recordéle entonces la hermosa frase que me había dicho Boy la noche antes al negarse á poner pleito á su padre: *Yo podré hacer locuras, pero canalladas no hago nunca.* Y seguí por largo rato esforzándome por poner la verdad en claro y confundir la calumnia.

Pareció conmoverse más todavía, y entonces sucedió una cosa muy rara.

Los rasgos de aquella noble fisonomía, que reflejaban el dolor solemne de un padre, se alargaron de repente con la relajación de la imbecilidad y la cobarde crispación del miedo: comenzó á gemir como un niño y á rebullirse entre los almohadones buscando el extremo de otra campanilla eléctrica, y cuando lo hubo encontrado apretólo fuertemente.

Abrióse entonces con estrépito la puerta del salón en que dejé á mi tía, y una mujer se precipitó en la estancia. Al verla el Duque redobló sus gemidos y díjole como un niño medroso que se disculpa acusando á su compañero:

—¡Rita!... ¡Rita!... ¡Este señor me está hablando de Xavierito!...

Saltó como un tigre la de Yecla—pues ella era en efecto,—y dando la vuelta al coche, abalanzóse á la portezuela, mientras asustado yo, abría la contraria y me apeaba apresuradamente.

—¡Marcelinito!... ¡Hijo mío!... ¡Mi bien!... ¡Mi vida!... ¿Qué tienes?... ¿Qué te pasa?...

Turbado y confundido, y conociendo lo desairado de mi situación, opté por refu-

giarme en el salón vecino, donde debía estar la de Astures. Halléla allí, en efecto, de pie, pálida, sobrecogida, sin saber tampoco qué partido tomar...

Había quedado la puerta de par en par, y oíamos desde el salón el luctuoso cuchicheo de Rita Bollullo, que intentaba convencer al Duque de algo que él no quería. Con voz firme repitió por dos veces:

—¡Es mi hijo!... ¡Es mi hijo!...

Volvió á resonar el misterioso cuchicheo, que resonaba en mis oídos como el correr de una cloaca que desagua su inmundicia, y la voz del Duque, ya un poco angustiada, volvió á sonar:

—¡Á los dos los quiero mucho, pero también á Xavierito!...

Y luego, con intervalo de un segundo, desgarradora ya, aguda como un lamento, exclamó:

—¡Para mí no hay mayor ni más chico..., los tres son iguales!... ¡Yo no tengo tres hijos!... ¡Tengo tres veces uno solo!...

Cerraron entonces la puerta con estrépito y ya no oímos más. Indignado yo, propuse á mi tía marcharnos de allí cuanto antes, y ya íbamos á efectuarlo, cuando apareció en el salón la doncella de la de

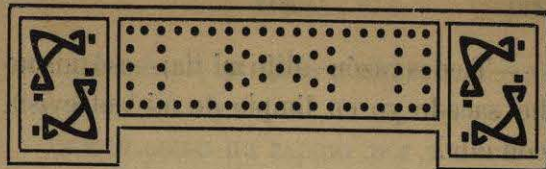
Yecla, y después de una gran reverencia, dijo á mi tía.

—La Sra. Duquesa, que siente mucho no poder atender hoy, como quisiera, á la señora Condesa, porque el Sr. Duque ha tenido un ataque y está muy grave... Dice que ya avisará á Vucencia otro día.

—¡Dígale que no se moleste!... ¡Á quien hay que avisar aquí es al Juez de primera instancia!—dije yo en uno de esos brotes irreflexivos de cólera, de que tiene uno á veces que arrepentirse toda la vida.

En el momento de arrancar el coche, llegó Boni muy apresurado y nos dijo con mucho misterio:

—El Sr. Duque no tiene nada... ¡Pame-  
mas de la Sra. Duquesa!... Un ataque de nervios como tiene diez mil al cabo del día... La cosa está hecha, y esta noche remataré yo la suerte, después que le dé las friegas...



## XIX

No bien el coche se puso en movimiento, apresuréme á dar cuenta á mi tía de mi entrevista con el Duque de Yecla, y de la profunda convicción que ella me había dejado. Para mí era ya evidente que, estando el Duque muy en su seso, se hallaba, sin embargo, preso y acobardado en las garras de Rita Bollullo, como un tímido gorrión entre las de un cernícalo: que el desdichado padre ansiaba por su hijo y deseaba verle y perdonarle, y que los inicuos manejos de la madrastra eran los que les separaban y pretendían enconarles.

Imposible era, por lo tanto, esperar nada de provecho de aquel mísero anciano de voluntad atrofiada y débil razón, mientras estuviese bajo el despotismo y la influencia de aquella mujer grosera y mal intencionada.